

VI

¿Has tenido que lidiar alguna vez, amable lector, con la insoportable y engreidísima clase de los porteros de Ministerios, Cortes, casa grande, Palacio, cocheros y demás gente *menuda*? Indudablemente que sí. ¿Quién, viviendo en Madrid, no ha tenido que pasar por sus horcas caudinas? ¿Quién no ha tenido que sufrir sus groserías, sus olímpicos desprecios, sus chinchorreías? ¿A quién no se le han pasado ganas de enarbolar el bastón y emprenderla á palos y patadas con esos largos

y galoneados gabanes en cuyo interior se encierra una cosa así como un hombre ó un perro dogo?

Sin embargo, no los odies, carísimo; sé compasivo y deséales que no les pase lo que al pobre Julián. ¿Quién es Julián? preguntarás. ¿Qué le pasó y qué relación tendrá una cosa con otra? Vas á saberlo. Julián es hoy un pobre hombre, pero ha sido antes un bicho de esos. Le conocí yo, hace ya muchos años, de mozo de labranza en su pueblo natal, en Carbonero el Mayor (Segovia), y fuimos entonces los mejores amigos del mundo.

Yo me he criado en el campo, y campestres son y han sido siempre mis aficiones. Acabado de entrar en el Instituto, sólo pedí, en recompensa de mis estudios, que me dejasen ir á pasar unos días á aquel pueblo, donde vivía un amigo de mi padre, que tenía un hijo mayor que yo, pero al cual quería y quiero mucho. Hoy es abogado del

Estado, y está en Madrid, en la Dirección de lo Contencioso. Él puede asegurar si digo verdad.

Fuí, en efecto, y en su casa me encontré á Julián, que entonces tenía veinte años y era un muchachote tremendo, robusto, franco como buen castellano y trabajador como pocos. ¡Cuántas veces me ha llamado á la una de la madrugada, y nos hemos ido juntos á cargar el carro de mies para traerle á la era al amanecer! ¡Cuántas veces me ha pegado en broma, pero fuerte, por hacerle rabiarse, haciendo que se le escapase el ganado, ó alguna otra perretería por el estilo!

En aquel verano nos hicimos inseparables.

Luego tuve que empezar mis estudios y no le volví á ver en mucho tiempo.

Fuí á Segovia de alumno de Artillería, y me encontré que, muerto el padre de mi amigo, éste, que ya era abo-

gado y tenía allí su bufete, se había llevado al buen Julián de criado; y cuando éste se casó, le proporcionó una plaza de agente de Orden público y tenía al matrimonio á su servicio.

Aquí empezó á estropearse Julián; ya fué, poco á poco, adquiriendo esa tiesura que da la *autoridad*, y la seguridad de que la misión exclusiva de uno es no servir para nada.

Pero aún estaba tratable. Aún recuerdo que más de una vez, cuando al venirse mi amigo á Madrid tuvo que dejarles y les consiguió un estanco para ayudarse, en mis apuros escolares me bajé al barrio de San Marcos á pedirle á Julián un crédito de cigarros hasta fin de mes, que general y generosamente no me permitía reintegrarle. Aún recuerdo que en mis escapatorias á Madrid, vestido de paisano, contaba yo siempre con la ropa y con la casa de Julián.

Tuve que dejarle otra vez, cuando acabé la carrera, y en verdad te digo que, con la ingratitud y mala memoria que es achaque común en los mortales, no me hubiese vuelto á acordar del santo de su nombre si no hubiese sido porque un día Paco (mi amigo), me le recordó diciéndome: ¿Sabes que Julián está en casa del marqués de X? ¿Y sabes que ya tiene, como portero de casa grande, los mismos humos conmigo que si no me hubiese conocido en la vida?

No lo creo, le contesté; es imposible que el honradote Julián pueda cambiar así.

Desgraciadamente es cierto, me dijo, y nada más fácil que convencerte; ensaya á recordarle el pasado.

Era verdad.

Yo no sé si es el ambiente de Madrid el que produce unos efectos tan terribles en el organismo, el que paraliza la ya de por sí poco común facultad de

discurrir, el que embota de tal modo los sentidos, el que inculca en la cabeza esa necedad suma, esa suprema estupidez que encontré en la humildísima (aunque ellos crean lo contrario) clase de los porteros, como había encontrado ya en otras más ó menos elevadas clases de la sociedad.

Fuí de uniforme para que no tuviese el derecho de desconocerme, y me ví al pobre Julián tieso como si se hubiese tragado un bastón, metido en un enorme levitón que no le caía mal del todo, con unas hermosas patillas que le sentaban peor que el levitón, un sombrero de copa llevado con cierto aire y en animada discusión con varios cocheros en igual ó parecido estado de indumentaria, y algunos lacayos, cortados todos por idéntico patrón, *cuyos carruajes respectivos* se hallaban bordeando la acera del palacio, hotel ó como quieras llamarle, á cuyos muros tenía el atrevimiento de acercarme. La discusión

versaba simultáneamente sobre política del momento, cualidades de los amos y juicios sobre los desgraciados que no teníamos el honor de alternar en las esferas del gran mundo.

En verdad, en verdad te digo, caro lector, que á haberme encontrado en cualquier otro lado que en Madrid, desconocedor del idioma de ese otro lado é ignorante de los tipos y caracteres que aquí dominan, hubiera sentido el encogimiento natural del que cree acercarse á una reunión de próceres que resuelven arduas cuestiones sociales al aire libre.

¡Qué suficiencia! ¡Qué petulancia! ¡Qué insoportables fisonomías, palabras, etc.! ¡Qué ridícula imitación de lo que sin entender veían hacer á sus amos! ¡Qué soberano desprecio del *vulgo* que les rodeaba!

En fin, no quiero explicarte una cosa que conoces tan bien como yo. Vuelvo á mi historia.

Me acerqué. Fué inútil que tratase de darme á reconocer. *D. Julián* no era de Carbonero, ni había estado allí nunca, ni me conocía, ni conocía á Paco, ni á nadie. Era de Madrid, había estado siempre con el señor marqués, no me podía permitir la entrada, y qué sé yo cuántas cosas más en el lenguaje grosero, insultante y molesto que conoces. Los demás le apoyaban tácitamente, sin permitirse siquiera reirse; era rebajarse ante un inferior. ¡Y eso que iba yo tan galoneado como ellos!

Puedes creer que me impresionó y me hizo daño aquella escena. Me retiré haciendo las más tristes reflexiones.

¡Pobre Julián, qué pronto habías de venir otra vez á reconocerme!

Poco tiempo después le encontré de portero en el Senado. Una equivocación de reverencias le había cerrado las puertas de casa del marqués. Entonces fuí yo (lo confieso ingenuamen-

te) el que no quise tomarme la molestia de reconocerle, que por otra parte hubiese sido tan inútil como antes, pues ocupaba una posición tan elevada ó más que la anterior.

Este invierno, cuando el *dengue* hacía sus mayores estragos en Madrid, en uno de los días más fríos y desapacibles que tanto abundan en la corte, entraba yo en la iglesia de San Jerónimo á misa de doce.

Entre los pobres que siempre obstruyen la puerta había uno algo mejor trajeado que los demás, que al verme, medio encogido, medio aterido, se adelantó hacia mí y me dijo:

—¿No me conoce usted, señorito?

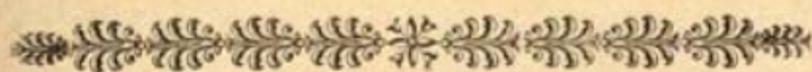
No le conocí, en efecto. Era difícil reconocer en aquel escuálido y envejecido cuerpo, el robusto y rozagante, el tieso cuerpo de Julián. Hubo de decirme quién era, y no pude, no tuve valor para recordarle en aquella triste ocasión su proceder, su insigne majadería.

Me le traje á casa, le vestí, le prohibí que usase el usted, que antes no me daba, le puse presentable, le hice que me contase su historia, que es tan vulgar como todas (equivocaciones, malos humores, falta de complacencia con la señora ó con el señor, falta de atención con el recomendado de un padre ó un abuelo de la patria, expulsión, decadencia y hambre, humillaciones después del orgullo, desprecio y lástimas) le recordé nuestros buenos tiempos y pude colocarle en una casa más modesta, pero más segura que las que él conocía, donde hoy vive apreciado en lo que merece, y agradeciéndome cada vez más el haberle vuelto al buen camino, en lo que, justo es decirlo, me ha ayudado mucho mi excelente amigo Paco.

Según me ha dicho el mismo Julián, el final de todos es igual ó muy parecido al suyo, peor aún, pues no siempre encuentran quien les levante en su caída.

¡Ya ves, lector, si pueden perdonárseles sus culpas, que cometen inconscientemente, por el castigo que les espera!





VII

Madrid, Junio, 90

Querido Pepe: Como te ofrecí, continuo hoy mi interrumpida anterior, y bien sabe Dios que sólo lo hago porque te lo había prometido, porque más de una vez he estado tentado de olvidarme de tí y no volverte á escribir, al menos sobre este asunto. Tal es la penosa, la dolorosísima impresión que produce en los que aún tenemos la antigua y cursilísima idea de ser entusiastas patriotas, el triste espectáculo que está dando en estos días la capital de Espa-

ña, la ciudad que un día albergó á aquel rey en cuyos dominios no se ponía el sol nunca, y que hoy se encuentra muy por debajo de la más modesta aldea del reino de Dahomey.

¡Qué triste espectáculo estamos dando á los extranjeros que nos visitan en estos días! ¡Qué idea más pobre formarán de la ya tan desacreditada España!

Ya sabes que con motivo de San Isidro y á pretexto de indemnizar al comercio de las pérdidas que sufrió cuando nos visitó el *dengue*, acorció el Excelentísimo Ayuntamiento de esta villa y corte celebrar funciones extraordinarias que durasen hasta San Antonio y que divirtiesen á los *isidros*, para que prolongasen su estancia aquí y gastasen más.

¡Qué bien has hecho en no ser *isidro*!

Se organizó la cosa y á estas horas ya hemos tenido misa de campaña (lo único bueno que ha habido), romería en la pradera, bailes populares en el

Prado, Atocha, etc., funciones de teatro gratis para los que tuviesen billete de ida y vuelta, gran exhibición y martirio del batallón infantil, regatas, toros, cucañas, retreta militar, bailes en los mercados de la Cebada y los Mostenses, en los que alternó con lo más modesto del pueblo la más encumbrada aristocracia, baile de blanco y negro en el teatro Real, el que puedes figurarte como estaría, linterna mágica para el público, dulzainas, cohetes, etcétera, y aún nos falta la procesión del Corpus, que se hará con gran solemnidad; *carrousel* para el que se disputan los billetes, *juerga* en la Florida con disfraces y demás excesos y otra serie de cosas que ponen á Madrid á un nivel muy inferior al de nuestro pueblo cuando celebra la función del Santo patrón. A todo esto agrega un tiempo endiablado y juzga lo amenamente que lo estaremos pasando.

En fin, no quiero seguir hablando de

esto, porque me saca de mis casillas, y además de cansarte, voy á acabar por no hablarte de lo que te prometí en mi anterior.

Vamos á ello.

Los casinos ó centros de recreo de Madrid son de varias clases: *high-life*, regionales, de instrucción, políticos y de socorros mutuos, que pudiéramos llamar.

Los primeros, que ya sabes cuáles son (Casino, Veloz, Peña, etc.), creo que se fundaron con el objeto de hacer todo el daño posible á la sociedad (pues si no se concibe que lo consigan tan bien), y en ellos se juega, se chismorreá, se desacredita á los ausentes, se acreditan de matones los que tienen la laringe conformada para la emisión de la voz de un sonido grave, adquieren fama de cobardes ó de poco decentes ó de cualquier cosa (aquí la cuestión es adquirir fama de cualquier cosa), los que lo merecen y muchos que no lo me-

recen, se degrada la clase alta aún más de lo que está, y aprende á degradarse la clase media que allí concurre, para tener el gusto de ser zaherida por la aristocracia y de vengarse royéndole los zancajos, como se dice vulgarmente, ó bien de ser adulada si es fácilmente explotable y enorgullecerse luego con la amistad de Fulano ó de Mengano, y de allí, en fin, chico, se sale para Palacio, para las Cortes, los Ministerios, paseos, calles, teatros, y hasta para presidio (1).

Los regionales, cuya idea no puede ser mejor, no llenan su misión (en general, se entiende), y se limitan á mantener vivas las enemistades de las regiones que representan, á fomentar los odios, caciquismos y demás monadas, ó á ser modestos centros que periódicamente nos ofrecen un ameno cuadro

(1) Histórico.

de cómo se divierte el elemento cursi de Madrid.

En los de instrucción hay temporadas: unas se ponen á la altura de lo mejor que haya en su clase en el mundo, y las elocuentes voces de Castelar, Cánovas del Castillo, Salmerón, Alonso Martínez, y tantos otros hombres de talla que tenemos, les permiten no sólo competir, sino superar á sus análogos del extranjero, ofreciéndonos conferencias sociales, políticas, científicas, dignas de mejor atmósfera; otras veces, sumidos en la atonía más completa y censurable, que obedece casi siempre á causas políticas (ya sabes que aquí todo se subordina á la política), tratan sólo de sostener difícilmente su vida por todos los medios, por inocentes que sean, y sólo de cuando en cuando se ve en ellos algún chispazo producido por los esfuerzos heróicos de alguien que pretende abrirse camino; generalmente son jóvenes que, con condiciones ó sin

ellas, consiguen ó no su objeto, según la altura del barómetro ó alguna circunstancia análoga, pues aunque el mérito generalmente se impone, se dan muchos casos en que cae envuelto por la envidia, por la mala suerte ó por alguna otra causa. El Ateneo nos ha ofrecido este año un ejemplo bien palpable de lo que te digo.

De los políticos no quiero hablarte, pues según la opinión de nuestro ilustre compatriota Moyano, «la mejor reunión política es peor que una manada de lobos hambrientos.»

Los que he llamado de socorros mútuos (Círculo de la Unión Mercantil, Asociación de Escritores y Artistas...), no pueden aún calificarse en absoluto, pues puede decirse que están en los albores de su vida, pero mucho me temo que á la larga han de reunir las condiciones de todos los demás.

Aparte de esto, tienes casas de juego, garitos, tertulias y demás elementos

que conoces de la vida de provincias, sólo que más en grande, y, naturalmente, en mayor número.

¿Teatros? También se pueden clasificar: primero, en de invierno y de verano; luego, aquellos, en aristocráticos, populares y mixtos. De estos últimos, es ejemplo Lara, que los lunes y viernes está muy *chic*: de los anteriores, todos los demás, menos el Real y la Comedia, que pertenecen á los primeros. Ya puedes figurarte la sociedad que concurrirá á cada uno, pero lo que de seguro no sabes, y menos si te fías de las críticas de los periódicos, es que se pasan temporadas enteras (como este invierno) en que no se pone en escena nada bueno. En el Real, con la muerte de Gayarre, las enfermedades de todas las *mezzo-sopranos* y otras mil cosas, ha sido una temporada verdaderamente desastrosa; en la Comedia sólo se ha dado bueno «Las personas decentes», de Enrique Gaspar y eso no

ha gustado por lo mismo que es desgraciadamente demasiado exacto, pues de todo lo demás, como decía Rossini de Verdi, lo bueno no era nuevo y lo nuevo no era bueno. De los demás teatros, no hablemos, pues el único que ha ofrecido un repertorio regular ha sido Lara, con obritas muy bien hechas, ligeras, con chispa, gracias de buen género (en esto hemos ido ganando pues se impone la opinión sana), pero que no hacen literatura, no son más que del momento, no dejan más recuerdo que lo que duran. Y llego á un teatro que de intento no he querido hacer entrar en la clasificación, pues sólo podría figurar entre los muertos: el Teatro Español, enterrado con el inolvidable Rafael Calvo.

Falto de la protección que debiera, tanto de la Nación como del público; falta de autores que le eleven, pues en absoluto no se ha estrenado en esta temporada una obra, no ya que valga

la pena, sino ni siquiera medio regular; abandonado cobardemente por Vico para ir á conquistar... el agravarse de su enfermedad en los teatros de provincias; habiendo sufrido además la pérdida de Mariano Fernández, el eterno gracioso que había divertido á tres generaciones sin interrupción; perdido el gusto del público por nuestro antiguo é inimitable repertorio, harto ha hecho Ricardo Calvo, el valiente y digno sucesor de su hermano, ayudado tan sólo por Donato Jiménez, con hacer que cual otro Cid, pudiese sostenerse ese cadáver que ya ni la electricidad sería capaz de mover.

Creo que se te ocurrirán las mismas tristísimas reflexiones que á mí cuando leas esta y hasta temo que no me creas, por considerar que es un absurdo lo que te digo; que necesita haber llegado un pueblo al más lamentable olvido de sí mismo, al estado mayor de... no me atrevo á escribir la palabra... para que

suceda esto: es, sin embargo, desgraciada y tristemente cierto. Corramos un velo.

Los teatros de verano, no tienen clase. Todos son iguales, *pêle-mêle* y generalmente muy malitos.

Las diversiones populares tienen sus modas: este año nos ha proporcionado ratos de agradable solaz y algunas tortícolis el intrépido capitán R. Calvo con su globo «Fénix», en el que ha hecho ascensiones semanales con todo tiempo y á todas las alturas, consiguiendo invariablemente todos los domingos, durante cinco meses, que á una hora dada estuviésemos todos los que habitamos en la Villa del Oso y el Madroño mirando al cielo y admirando su intrepidez. Ya ves que la cosa no puede ser más inocente.

Más adelante hemos tenido los toros, de los que no te hablo, pues sabes que soy entusiasta de esta histórica diversión popular, empezada en Madrid el

año 1003, y que no sólo se ha conservado á través de los tiempos, sino que se ha generalizado en el extranjero... Chis, quieta pluma, que esto puede suscitar cuestiones.

¿Quieres saber los paseos? Pues desde la Puerta del Sol, calle de Alcalá, Castellana, Retiro, y en invierno, á última hora, la acera izquierda ó derecha (según que vayas ó vengas de la Puerta del Sol) de la Carrera, y pare usted de contar. Allí á pié, en coche ó á caballo, nos vemos todos los días á la misma hora todos los que mirábamos subir y bajar el globo «Fenix,» ni más ni menos que te pasa á tí con el Alcalde, el Cura, el Boticario y el Médico de nuestro pueblo, á los cuales, antes de que se me olvide, te encargo que des mis recuerdos.

Aquí llego cuando recibí tu contestación á mi carta anterior, y me encanta tu candidez al dudar de todo lo que te digo en ella y creer que son exage-

raciones mías. Ya sabes que nadie como yo puede juzgarlo, puesto que estoy aquí porque quiero, puedo elegir el círculo que me agrade y marcharme cuando se me antoje.

De todos modos te propongo un trato. Dentro de poco iré á pasar una temporada con vosotros, y á mi vuelta te vienes conmigo; si entonces crees que es verdad lo que te he dicho, me regalas la casa que tienes junto á mis viñas, y si opinas lo contrario de buena fe, te regalo las viñas que tengo junto á tu casa. ¿Admites el trato?

Hasta que tenga el gusto de abrazarte, sabes te quiere tu verdadero amigo

FERNANDO.

N. B. Se me había olvidado decirte que ahora tenemos Exposición de pinturas, en la que no hay en absoluto nada bueno, más que una estatua en bron-

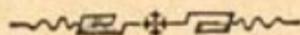
ce de D. Diego López de Haro, de Benlliure, y unos bajo-relieves en yeso, de Susillo; ésto sí vale tanto como poco vale lo demás: excuso decirte que ni una cosa ni otra han sido premiadas. En lo de los premios ha habido el gran jaleo.

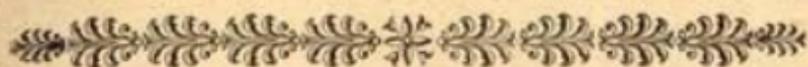
También en la Comedia tenemos, como todas las primaveras, nuestra compañía extranjera, que este año es italiana, dirigida por la Duse, y como todos los años nos dá á conocer las mismas obras, ó mejor dicho, no nos las dá á conocer, pues nadie se entera de nada y van allí porque es *chic* y aplauden porque es extranjero.

Inter nos y disintiendo de la opinión pública, te diré que la cosa vale bien poco, y sin creer que la Duse no sea en absoluto una actriz regular, opino que haría mejor una excelente madre de familia. Andó, que es su segundo, no vale nada.

Y no vayas á creer que es despecho

de no haber ido porque sea caro (que por eso la han juzgado mal mucha gente), es pura justicia, pues por mi desgracia tuve la mala idea de abonarme y no pierdo función.





VIII

¡La lucha por la vida! ¿Sabes, lector, lo que es esto? Si no lo sabes, te deseo que sigas siempre en tan dichosa ignorancia; si lo sabes, evito hacerte reflexiones. Si feliz ó desgraciadamente para tí has tenido que pasar por ello, nada tengo que hablar; pero no sé por qué me parece que no, que en absoluto desconoces lo que es esto, y como es mi obligación enseñarte todo lo que Madrid encierra, tengo que hablarte de ello como de todo.

Ya veo que te ha extrañado el que

diga feliz ó desgraciadamente; tiene, sin embargo, su explicación: si has luchado y has vencido, aparte de la satisfacción interior, de la gloria que con ello habrás alcanzado, de la posición que habrás conquistado, te hallarás con un fondo de conocimiento de la única ciencia que existe, de la ciencia del mundo, que si aún no has apreciado, llegará día en que la apreciarás; en este caso ha sido una felicidad para tí; si, por el contrario, has sucumbido, te compadezco, es una verdadera desgracia.

Dicho esto, te haré observar que en Madrid la lucha por la vida se presenta en el aspecto general que en todos lados, de trabajo continuo, y más bien puramente material de la clase baja, aspecto que, por lo común y por ser más digno de estudiar en provincias, dejo para cuando me ocupe de ellas, y en el aspecto de la lucha suprema, de la lucha de la inteligencia, que con-

quista palmo á palmo el puesto que cree merecer, que necesita en la sociedad.

Este aspecto, que se presenta únicamente en las grandes poblaciones, no puede estudiarse en ningún lado mejor que en Madrid y en París. Conozco los dos y puedo asegurarte que es más completo, más difícil y más valiente el de Madrid.

La clase media es, en general, la encargada de dar contingente á ese ejército cuyos individuos no tienen más que dos extremos: sucumbir ó llegar á generales. Como comprenderás, abundan más los primeros que los segundos. Eso sí, estos son los encargados de dar gloria á la patria, de enaltecernos y de presentar al mundo, á través de los vicios, de los defectos inherentes al individuo humano, las más altas virtudes sociales, los más elevados sentimientos, las más genuinas manifestaciones del talento y de la inteligencia,

tanto tiempo y con tanto esmero trabajados.

Pero observo que te estoy espetando un discurso social, y no es esta ni mucho menos mi intención. Ni tengo aptitudes, ni derecho para ello, ni entra tal cosa en mis cálculos; detesto cordialmente la elocuencia con visos de parlamentarismo.

Prefiero indicarte lo que es la vida de estos seres, lo que tienen que sufrir antes de conseguir su objeto, si lo consiguen.

Es siempre lo mismo; su tipo no presenta variaciones; podrá proceder de más arriba ó más abajo, pero la marcha es idéntica.

Se encuentra un hombre con ó sin una carrera; generalmente lo primero; ve que eso no basta hoy día para llenar sus aspiraciones; piensa... pero á qué voy á hablar en términos generales, que podrías creer exagerados, si encuentro un modelo auténtico, riguro-

samente histórico, de carne y hueso, que me autoriza á que te cuente su vida, con la s3la restricci3n de que ocultes su nombre con uno falso. Creo que no le valdrá el subterfugio y le conocerás en seguida, pero no puedo menos de darle gusto.

Ricardo era de Madrid; aqu3 naci3, aqu3 se cri3, aqu3 sigui3 su carrera. Contra lo que se supone generalmete por los novelistas, que sus h3roes han de ser precisamente ex3ticos en nues-capital, Ricardo era ind3gena, de los madrileños *enrag3s*; casi puede decirse que no hab3a salido de la corte; nunca hab3a vivido fuera de ella á no ser de temporada. En contra tambi3n de lo que se piensa comunmente, te dir3 que ten3a una carrera, como tienen todos los que luego son algo de provecho. Esos hombres que sin carrera, sin ser nada, escalan altos puestos, ocupan elevados cargos, suben, seg3n dicen, por su trabajo, desde las 3ltimas á las pri-

meras capas sociales, me han inspirado siempre desconfianza, nunca he creído en la bondad de los medios empleados; desgraciadamente he tenido ocasión muchas veces de comprobar mis malévolos pensamientos.

Pero, volvamos á Ricardo. Su padre, probo funcionario, que por espacio de muchos años había servido á la Nación, y que, *por consiguiente*, no había encontrado la recompensa de sus servicios, puso toda su atención, no tuvo inconveniente en sacrificarse por dar á sus hijos una esmerada educación y una carrera, que, como única herencia, pudiese ofrecerles un porvenir más ó menos brillante, según su trabajo, pero cuya consecución dependía ya exclusivamente de ellos.

Eran tres hermanos y dos hermanas. Ricardo, que era el mayor, se encontró al acabar la carrera casi al frente de su familia, pues muerta su madre y viejo y achacoso su padre, á él correspondía

sostener aquella casa que le había hecho hombre, abrir camino á aquellos seres que le habían hecho gustar las dulzuras del hogar, los goces de la familia, y servir de báculo á aquel pobre anciano que por él se había sacrificado.

Era un hombre que, según decía, nunca había sido joven: aficionado desde niño al estudio, amante como pocos de su familia, adoraba á sus padres, tenía una debilidad por sus hermanos, prefería los placeres caseros á los naturales de su edad, y sin tener una de esas inteligencias que llaman la atención por lo privilegiadas, el constante trabajo, la proverbial formalidad en él, lo especial de su vida, habían hecho que pudiese pasar por un muchacho listo, casi un hombre de talento. Parecía que, presintiendo que un día sería preciso su trabajo, toda su fuerza, había querido hacer aquella preparación, única que podía ponerle en condiciones de

sostener con ventaja la suprema lucha que iba á emprender, la lucha por la vida suya y de los suyos.

¡Qué ratos tan amargos; qué decepciones; qué humillaciones tuvo que pasar! Más sentidas aún, porque siempre se le interponía la estupidez social, la frase que, sin saberlo, corta á muchos hombre su porvenir. ¿Y la carrera? Pero su alma tenía un temple superior al mundo; pasó por todo, sacrificó mil veces las conveniencias sociales que le impedían hacer ciertas cosas, buscar pan porque tenía una carrera (¡qué sarcasmo del mundo!); se ocultó, es cierto, para ello, pero lo hizo, y sólo así, sólo teniendo el mérito sublime del trabajo y la anulación de su personalidad social, de sus ilusiones, de sus fundadas aspiraciones, ha llegado á donde está. Bien ganado se lo tiene.

No quiero decir cual era su carrera, pues aunque sé que en el puesto que ocupa todo resbala, no hay mancha pa-

ra nadie, no quiero exponerle á que alguno, menos digno que él, pueda mirarle un día como recordándole su pasado, que si es vergonzoso para la ridícula sociedad en que vivimos, le enorgullece á él, con razón, y le considera como su mayor timbre de gloria.

Como había concluído muy joven la carrera y en seguida le hizo falta hacer uso de ella, y como tenía el defecto de ser idealista ó ilusionista, buscó, creyendo encontrarle, un camino que le permitiese lo que él esperaba.

¡Como si en Madrid fuese tan fácil encontrar camino con la sólo recomendación de ser persona decente, que, por el contrario, parece casi una nota desfavorable! La política lo tenía invadido todo; compromisos, dificultades se oponían á que se le pudiese favorecer: cierto que su padre había dejado una grata memoria, pero había sido también algo metido en política, y ahora mandaban *los otros*; luego si no tuviese

la carrera podría buscarse algo, etc. Esto en los centros políticos.

Pero aún había literatura; allí hay más campo; obras, editores, periódicos, revistas... ¡Cándido, más que cándido! Aquí como allí, promesas, admisiones, atenciones, publicar este periódico un artículo suyo (sin pagárselo, por supuesto, y de favor, puesto que no quería entrar en su política), recibirle alguna traducción un editor, y luego decir que los gastos de edición eran muchos y no podía más que *darle algo*, y aconsejarle que escribiese por su cuenta obras que nunca llegaron á considerarlas dignas de ver la luz pública, aunque *iba adelantando* (luego se han publicado y han gustado) y de esto mucho: tampoco aquí había camino, y eso que soportó con valor la incesante repetición de tales escenas.

¡Ciencias! ¡Artes! Lo mismo. Y, á todo esto, él no avanzaba, y su familia, su querida familia, retrocedía.

¿A qué seguir, lector amigo? Figúrate todo lo que quieras; figúrate que se hunde un barco lentamente en alta mar, y ahí tienes todo. Con la agravante de que, para seguir luchando, el mundo le exigía que conservase el prestigio de la clase media, que viviera con unas necesidades que no podía sostener.

Después... la nada, el vacío, la locura, y al fin, presentarse una noche ¿dónde?... en el circo... de clown. Lo último de lo último, la mayor prueba de hambre, de desesperación que dá el hombre. Como siempre, te veo sonreír; como siempre, te veo decir para tus adentros—¡Fábulas, y sólo fábulas!

Dejo la contestación al mismo Ricardo, que cuando me lo contaba, terminaba diciendo: ¡Quiera Dios que nunca tenga usted que comprobar si esto es posible!

Al salir aquella noche, la noche de su mayor sacrificio, del circo donde

había ganado ménos de lo que necesitaba, necesitó aún ir más allá; necesitó aún pararse en la esquina de la calle del Barquillo, y alargar la mano á los transeuntes, para completar lo que le faltaba para vivir al día siguiente.

¿Que resulta el cuadro con demasia-negro? ¿Qué quieres, lector? Historia y sólo historia. Bueno es que conozcas el mundo como es en realidad.

No pudo conseguirlo. Cuando ahora habla de aquella terrible noche, bendiciéndola sin cesar, recuerda que con la excitación que forzosamente le produjo la serie de sensaciones, la locura por que pasó, al pensar, apoyado en la esquina, lo que había hecho, lo que estaba haciendo, empezó á sentir algo extraño, muy extraño, que le nublaba el cerebro, y agobiado, extenuado física y moralmente, ni tuvo fuerzas para moverse, y no sabe lo que pasó después.

Afortunadamente era de acero; al

día siguiente se encontró en su casa, rodeado por su familia, que le esperaba desde la noche anterior, con júbilo inmenso, y que sufría mil angustias por su ausencia, pues creyendo que estaba gozando de su triunfo, y deseando compartir su gloria, le buscaron por todos lados en el teatro Español, sin que nadie pudiese encontrarle. Le esperaron inutilmente toda la noche, y ya de día, le vieron venir en brazos de dos hombres, y en aquel estado.

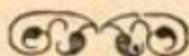
¿Cuál era la razón de aquélla alegría? Que la misma noche en que él hacía aquel esfuerzo sobrehumano, la que se daba al público en forma de payaso, se estrenaba en el teatro Español una obra suya, presentada hacía mucho tiempo, y de la que ni se había vuelto á ocupar, ni la empresa ni nadie volvió á hablarle. Pero, ¿estaba loco? preguntarás. ¿No vió los anuncios? ¿No oyó hablar de ello? No se ha sabido nunca,

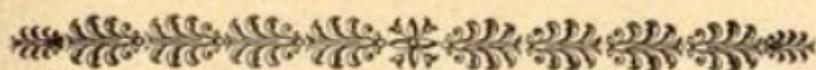
él no habla de ello, y yo siempre he tenido la duda de si aquello fué porque en su estado no se ocupaba de nada, ó porque temiendo un fracaso, quiso intentar á un tiempo todo, por absurdo que fuese, ó si fué intencionado como cuando uno quiere que le salga una cosa, y se hace la ilusión diciendo que no es posible. No sé. Misterios humanos. Lo único real es que aquella noche no había cenado, y que desde aquella noche fué un hombre conocido: los editores, los actores, el público se le disputaron, empezó á utilizar su carrera, y con la experiencia social que tan duramente había adquirido, empezó á subir y ha llegado donde hoy está.

En su casa es el de siempre, el hijo y el hermano cariñoso y satisfecho de la utilidad de su cariño; para los que hemos sido siempre sus amigos, aún en los días de desgracia, es más expansivo, más amable si se quiere que en-

tonces; para el mundo es insoportable, tiene un aire de imperio, de dominio, de orgullo, que hace que se le deteste, como él detesta la sociedad.

¿Le conoces, lector?





IX

¡La caridad! Ni aún esa virtud sublime y consoladora de la humanidad es verdad en la corte de las Españas, y lo que es peor aún, ni puede serlo aunque se quiera.

¿Que lo mismo sucede en todas las grandes capitales? ¿Quién te lo niega, lector amigo? Pero, ¿será por eso menos sensible el ver que no existe en la nuestra? Mal de muchos...

Ya sabes que la manera de practicar la caridad en Madrid, es de dos modos; colectiva ó individualmente: en el pri-

mer caso, evito digresiones para probarte que todo es una pura farsa; lo conoces tan bien como yo: ya sabes se reduce á que la Duquesa A., la señora B., organice una función de Beneficencia, en la que puedan lucir sus galas ella y sus análogas, á la que concurra lo más escogido de la *crème*, á que figure su nombre precedido ó seguido de frases hechas, laudatorias ó rimbombantes en todos los periódicos, y á gastar en la preparación solamente mas dinero del que sería preciso para remediar la necesidad que, aparente é hipócritamente, se trata de remediar. Después un administrador hace noche de los pocos fondos que se han recaudado, pues ellas por sí no dan más que la idea y el nombre, y hasta otra función de beneficencia... y se vá ganando pasito á paso, el cielo y la bienaventuranza eterna.

¡Qué hipocresía y qué cinismo! ¡Y que tengan valor de llamar á esto caridad!

Otra forma es que una sociedad, un periódico, una corporación ó el Estado inicie una suscripción con el mismo fin. Algunas veces, como ha sucedido este año en la época del dengue, da esto resultado, aunque no en la escala que sería de desear, pues hasta parece en ocasiones determinadas un escarnio y una crueldad de la sociedad el ofrecer á un individuo, cuya numerosa familia perece en la miseria, ¡una manta y una peseta! pero más vale algo que nada, y al menos la intención es buena; la mayoría de la veces ya sabes lo que sucede; se recaudan los fondos, se ocupa mucho todo el mundo de la cantidad recogida, se empieza á pensar en el modo de repartirlo y... cuando se llega á ello, ha volado. Viene una crisis, otra desgracia ó cualquier asunto de interés, y ya nadie se vuelve á ocupar de tal cosa. ¡Ande la rueda!

¿Modo de corregirlo? No me meto en tal cosa, me limito á contarte lo que



sucede. Pero, ¿á que te estoy molestando, hablando de cosa que sabes tan bien como yo? ¿No es verdad que esto te cansa? Tienes razón, lector, tienes razón; esto ya lo sabes, pero voy á hablarte del segundo caso, de cuando se practica la caridad individualmente, de los inconvenientes que eso presenta, y de otras muchas cosas que probablemente no conocerás del Madrid en que vives.

Primero te contaré tres verdaderas historias, recogidas, como todo, del natural, rigurosamente auténticas, cuyos personajes viven todos menos uno, y acaso tú te hayas codeado con ellos; después que te enteres de ellas y que dudes, naturalmente, como has dudado en todo lo que te he dicho, te probaré que es verdad cuanto has leído, te presentaré datos y personas si quieres, te hablaré de una sociedad que no conoces, y, por último, disertaremos juntos sobre todo ello, deduciremos las re-

flexiones que procedan, y hasta puede ser que proyectemos algo y critiquemos mucho. ¡Es tan fácil proyectar sin cumplir, y tan agradable criticar!

Nos reuníamos todas las noches en una de las mesas del antiguo café de la Iberia. Allí había de todo, periodistas, literatos, militares, empleados... Entre éstos, el más agradable era Federico, un muchacho de unos veintisiete años, de mucho talento, siempre alegre, siempre decididor; discutía con conocimiento de causa, con todos nosotros, de diferentes asuntos; era además una figura distinguida, estaba muy bien relacionado, tenía un destino de alto sueldo en el ministerio de Fomento, y le queríamos todos, pues aparte de su amabilidad y simpatía, tenía la rarísima condición de utilizar su influencia en favor de todos los que nos llamábamos sus amigos.

A las once de la noche estábamos todos reunidos en la mesa del café, inva-

riablemente; sólo los días que los que éramos militares estábamos de servicio, faltábamos. Como cada uno tenía diferentes quehaceres, íbamos llegando sucesivamente, con más ó menos regularidad; Federico era el que, sin discrepar un minuto, se presentaba todas las noches á las diez y media en punto. Esto daba motivo á bromas sobre su vida, que él recibía con su amable sonrisa de siempre.

Una noche, antes de llegar él, uno de los contertulios, bajando la voz, y haciéndonos reunir las cabezas á su alrededor, nos dijo misteriosamente:

—¿Saben ustedes lo que he descubierto? Que ese pobre que se pone todas las noches en la calle de Peligros, con barba blanca y una guitarra, es un conocido nuestro, es Federico, el propio Federico.

Una tempestad le interrumpió.—No diga usted tonterías.—No sea usted guasón.—¿De dónde ha sacado usted

tal desatino? y otras frases por el estilo.

En aquel momento entraba Federico. Todos nos volvimos á él. Venía como siempre, tan elegante, tan sonriente.

Mira lo que dice este, Federico — le digimos.

Se echó á reir, tomó la cosa á broma, y hasta el denunciador tuvo que bromear y que pagar el gasto de la noche, *por injuria y calumnia*, según sentencia del tribunal que allí constituímos.

Pocas noches después, nos dijo:— ¿Quieren ustedes comprobar lo que les digo la otra noche? Que se nombre una comisión que me acompañe. Hoy estoy seguro. Tengo datos. Federico vive en la plaza de Pontejos, en una casa de huéspedes, con cuya dueña he hablado, y me ha dicho que la extrañaba que después de comer salía todas las noches, Federico, con una capa vieja, una guitarra y un sombrero de ala ancha, que impide ver su cara, que ella al

principio creyó que iba de *juerga*, pero que no cree que sea todas las noches, y que no puede suponer otras cosas, puesto que sabe el destino que tiene, y porque á las diez en punto vuelve, se viste de levita, y sigue haciendo vida ordinaria.

Me he enterado á qué hora salía, le he seguido y le he visto venirse por la Puerta del Sol, Montera y Aduana, á ponerse en la esquina de esta calle y la de Peligros, donde se sienta en una silla de tijera, que le guardan en una portería, y se pone á pedir. Aún estará allí, sigámosle hasta su casa, y así verán ustedes si digo verdad. Así se hizo; nos fuimos todos.

Allí estaba el pobre: uno de nosotros le dió una limosna; Federico nos debió conocer; pero no se movió, y en vez de marcharse á las diez, continuó allí aún mucho tiempo.

Impacientados todos, queríamos comernos al calumniador y decidimos vol-

vernos al café, donde estaría Federico esperándonos. No estaba, ni le volvimos á ver; luego supimos que aquella noche dejó la casa de huéspedes, sin llevarse su disfraz.

Estaba, pues, comprobado el hecho. ¿A qué obedecía aquello? ¿Sería una locura? ¿Sería una *penitencia*? No sabemos; pero yo me inclino á creer, por lo que luego te contaré, caro lector, que era un modo de vivir y poder hacer la vida que hacía.

Pasemos á la segunda historia, que sirve, á mi modo de ver, de comprobación á mis ideas sobre la primera, y que me merece entero crédito por la persona que me la ha contado, y que lo ha hecho en la siguiente forma:

—Hombre, Fernando, á tí, que te dedicas á enterarte de todo lo que no te importa, creo que no te vendrá mal que te cuente una historia que de seguro no vas á creer, pero de la que puedes convencerte sin más que dejarte presentar

por mí en una reunión á la que voy todos los Jueves, y preguntarle, en secreto, por supuesto, á la dueña de la casa si es verdad lo que te he dicho.

Esta señora, cuyo nombre y señas me permitirás que calle, es viuda de un antiguo amigo de mi padre, tiene dos niñas, muy bonitas, muy simpáticas y muy bien educadas, una casa puesta con un *comfort* que encanta y una rentita más que suficiente (según se supone, dada la vida que hacen; tú verás luego la verdad), para que las niñas tengan bastantes golosos.

Como te digo, los Jueves reúne en su casa á sus amigos, y puedes creer que se pasa allí la noche divinamente; literatos, músicos, jóvenes de la *high-life*, abundante *buffet*... todo te hace que si vas una vez vuelvas con gusto la segunda y las sucesivas.

Se susurra entre los amigos que si hay en la vida de esta señora un misterio indescifrable (que no atañe á su

honra, por supuesto), lo cual no priva á los contertulios de saborear con deleite los placeres que les proporciona y que tienen aún para ellos más encanto, como sazonados con la agradable y picante salsilla de la murmuración.

Ya sabes que soy poco aficionado á estas cosas, así es que nunca tomé parte en tales hablillas; me extrañaba sí, que pudiese hacer aquellos milagros cuando yo sabía que á la muerte de su marido no la había quedado más que una modesta pensión; pero como nada me iba ni me venía en el asunto, me limitaba á ir los Jueves, pasarlo bien, hacer mis visitas de cumplido y nada más.

Hace pocas noches, venía yo del teatro de Lara, y al bajar por la calle de la Montera para irme á mi casa, se me acercó una mujer pobremente vestida, cubierta con un espeso velo que impedía ver sus facciones, y diciéndose una viuda desvalida me pidió una limosna.

Al acercarse á mí debió por lo visto conocerme é hizo ademán de retroceder; pero se contuvo: á mí no me era desconocida aquella voz; ¿dónde la había oído? Vete á saber: ¡hay tantas parecidas! puede ser que no hubiese fijado mi atención en esto y que hubiese seguido, si no fuese por haber observado aquel ademán de repulsión que instintivamente hizo la mujer al acercarse á mí. Esto picó mi curiosidad y la pregunté:

¿Quién es usted, señora?

Ella entonces, dándome las gracias por la limosna que la había dado, trató de huir; pero yo, poco galantemente, lo confieso, pero sin poderme contener, la cogí de un brazo y levanté el velo... Me quedé sin saber lo que me pasaba... era doña... doña Fulana. Ya te iba á decir el nombre.

¿Qué es esto, señora?—la dije.

—Cállese usted, por favor, y no diga nada á nadie. Haga el favor de acompañarme y se lo explicaré.—



Así lo hice; y en el camino me dijo que no teniendo, como yo sabía, más que aquella pequeña pensión, y viendo que esto era insuficiente para sostener una posición en la que pudiese casar á sus hijas, había adoptado el sistema de salir en aquella forma, los días que no tenía reunión, á pedir, y que la daba el resultado que ella esperaba, pues la mayor parte de la gente, al verla en aquel traje la daba una peseta ó dos, lo cual le producía de veinticinco á treinta todas las noches; que, por Dios, comprendiese su situación, y por sus hijas y por nuestra antigua amistad me callase y no la perdiese, etc.

Así lo hice. La dejé en su casa y no he vuelto, y hoy te cuento esto á tí, casi faltando á mi palabra, porque sin el nombre no sacarás nada, ya que hay tantos y tantos ejemplares de esto en nuestra villa y corte.

Aquí acabó mi amigo.

Y aquí, caro lector, te pregunto yo ¿quieres comentarios?

La tercera historia, si así puede llamarse, pues en realidad no es más que un hecho aislado, es más sencilla y más vulgar, pero prueba lo mismo que las anteriores.

Es simplemente un cambio de posición.

Figúrate que, como sucede todos los días, un albañil se cae de un andamio, tiene que pasar al hospital, dejando á su familia en la miseria, y una vez dado de alta se encuentra aún en la imposibilidad material del trabajo. El hambre le grita en su casa sin cesar, por boca de su mujer y de sus hijos; nadie le ampara, está inútil, y los inútiles no ganan; ¡qué ha de hacer! pedir limosna.

Allí le tienes á la puerta de la iglesia de San Sebastián, á donde vá el primer día, dispuesto á volver al trabajo en cuanto esté capaz para ello. Pero

pasan días y días, ya está bueno, se le vé alegre... y no vuelve al trabajo. ¿Por qué será?

Una mañana pasa por la puerta de la iglesia el capataz de la obra. Al ver allí al trabajador, se detiene.—Hola, muchacho—le dice:—¿Cuándo piensas volver? Allí te tenemos reservado tu sitio.

—Pues puede usted dárselo á quien lo pida, porque yo no he de pedirle.

—¿Qué es eso? ¿Has encontrado otra cosa mejor?

Ya lo creo; allí trabajando ganaba dos pesetas, aquí sin hacer nada, pido limosna y gano cinco. Ya vé usted si es mejor.

¿Qué te parece, lector amigo? Me he fijado en estas tres historias, pero ¡podría contarte tantas otras! Podría decirte, por ejemplo, que no hace mucho tiempo en la puerta de San Luis ha vendido su puesto á otro un *pobre*, que se retiraba á la vida privada, en la frió-

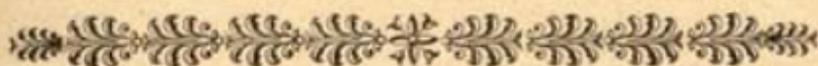
lera de ¡6.000 reales! Podría decirte la organización de esta clase, que no admite á los pobres de provincias sino pagando una elevada cuota, que les dá derecho á formar parte de la sociedad... sin embargo, me callo; ya tienes bastante con lo que sabes.

No creas que esto es negarte que en Madrid haya verdaderas necesidades, hay, desgraciadamente, muchas, acaso más que en ningún lado, pero ¿cómo distinguirlas? Sólo hay un medio: los verdaderamente necesitados son los que sucumben bajo la presión de los necesitados de oficio.

Te decía, que filosofaríamos y discutiríamos sobre esto, pero ¿no te parece mejor dejarlo? ¿No tenemos ya bastantes tristezas, no vemos bastantes repugnancias, para aumentarlas con las tristezas y repugnancias que saldrían al revolver este fango? Dejémoslo si quieres, pero mira si tenía yo razón al decirte que ni aún la caridad puede

existir en Madrid. Si la haces colectivamente, casi puedes parodiar la frase Proudhomme, y decir «la caridad es un robo;» si la haces individualmente, siempre es con miedo, con temor, con la duda de si efectivamente socorres una necesidad ó si sostienes un vicio, temes la mofa del engaño y la practicas lo menos posible, para no caer en ella, y casi por compromiso; ya no es, aunque quieras convencerte de ello, la hermosa virtud, salida del alma; es sencillamente un acto social, ni bueno ni malo.





X

Madrid, Octubre, 90

Querido Pepe: eres una calamidad y un informal y no sé cuántas cosas más. ¿Conque después de lo que te escribí, después de haber pasado tres meses juntos, y de creer que te había convencido de lo que es Madrid, después de haber visto en esa hermosísima playa mucha parte de la farsa general que aquí domina, sales ahora conque te quieres venir á pasar el invierno? Nada te digo, lavo mis manos; he cumplido como debía, dándote toda clase de con-

sejos y queriendo llevarte por el buen camino. No quíeres hacerme caso, pues en el pecado llevas la penitencia.

Pero te advierto que luego no me vengas con quejas y fastidios; y para evitármelo, he pensado que lo que debes hacer es venir sin decirme nada, estarte los dos ó tres meses que estés aquí, sin verme; y cuando ya estés bien cansado, bien desengañado, bien convencido de que lo que yo te decía era la pura verdad, y bien arrepentido de no haberme hecho caso, entonces me buscas, y como tú mismo te habrás castigado, no tendré yo más que compadecerte y perdonarte tus tonterías, y para corregirte me acompañarás á un viaje que para esa época tendré que hacer probablemente.

Mientras tanto, no me fastidies: yo tengo ahora mucho de qué ocuparme y no puedo perder tiempo contigo, y aunque pudiese, no querría, pues ya que tú eres tan testarudo, no es cosa

de que pierda yo mi reposo por tus ridiculeces. Te buscas un guía ó andas solo, me es igual, pero no te acuerdes de mí hasta el día que vengas á decirme contritamente: ¡no lo haré más! ¿Estamos?

¿Me preguntas cuál es ahora el aspecto de Madrid? Pues, el de siempre. Pasaron los calores, volvió la gente que había salido de la corte y salió á la calle la que no había salido de su casa, para decir que estaba veraneando; volvieron á abrirse los teatros, á llenarse los paseos, y ¿para qué cansarte? que está todo como ha estado y estará siempre Madrid, como tantas veces te lo he descrito.

¿Novedades? Ninguna. Es decir, dos: un globo cautivo, lleno de gas, en vez del libre, lleno de humo, del año pasado; menos *demi-monde* que otras veces y María Tubau en la Princesa con una compañía compuesta únicamente de ella (así lo hacen Sarah Bernard y

la Duse), pues el resto es muy malito, un repertorio inverosímil, absurdo y disparatado, *pero* extranjero; y un público..... no quiero juzgar al público, porque es peor y podría alguien enfadarse conmigo.

De política, ya sabes que no me gusta ocuparme, así es, que nada te digo: lee los periódicos y ellos te enterarán mejor que yo pudiera hacerlo, de las infinitas *broncas* que aquí y en todas partes están pasando.

En los teatros han empezado los estrenos: llevamos tres ó cuatro, acompañados de sus correspondientes patos. ¿Es que el público es exigente? ¿Es que son malas las compañías? Ni una cosa ni otra, querido Pepe; el público es el de siempre, perfectamente ignorante y despreocupado de todas estas cosas, que sólo va por verse; las compañías son también las mismas.

Entonces me dirás:—¿Serán los autores?—Y nada te contesto á tal pre-

gunta, dejo á tu criterio la respuesta, y sólo añado: «perdónalos, Pepe, pues no saben lo que se hacen.»

—Pero si el público no entiende, ¿quién les juzga entonces?—me preguntarás. Nadie y todos: el sentido común que, como la monarquía, no es propiedad ni privilegio exclusivo de ninguna familia ni persona; pero, que, como el oxígeno, es uno de los componentes de la atmósfera en que vivimos y como aquél aumenta ó disminuye en su proporción cuantitativa, produciendo las épocas en que nada pasa, porque todo es muy malo, ó en que todo se aplaude, aunque nada sea bueno.

De literatura no hay aún nada, ni de ciencias ni de artes. Al mes que viene se desarrollará todo por completo; si vienes, tú mismo podrás apreciarlo.

El Real se abrió anoche con éxito, pero aún no se puede formar juicio sobre nada.

Y ni hay nada más, ni yo tengo tampoco ganas de escribirte.

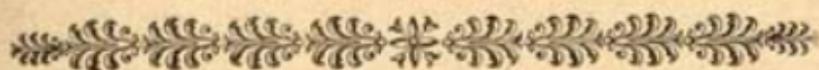
Ya, de venirte vente pronto, para que veas el paso de Madrid al invierno, y tráete ropa de verano, pues hace un calor como en Julio.

¡Ah! Ya sabes que hay mucha viruela y algo de cólera. Ven con preservativos.

Adiós, *cabeza hermosa pero sin seso*, hasta dentro de tres meses; sabes que aunque te riña, es siempre tu buen amigo

FERNANDO





XI

Amable lector, te dejo; si has tenido la paciencia de aguantarme hasta aquí, llevas ya, como te prometí, una norma de la vida de Madrid, norma que puedes estar seguro de que es rigurosamente exacta, pues está obtenida con la constante observación de muchos años. Ya sabes, sobre poco más ó menos, lo que sucederá siempre aquí; pon en todo otros nombres, otros lugares si quieres, y tendrás la única diferencia; *voilà tout*.

Pero no quiero abandonarte sin ha-

certe notar que, entre lo que tú sabes y lo que yo te he dicho, no conoces aún más que una parte del Madrid por dentro, y como si dijéramos las capas superiores de fango; hay otras más abajo, pero estas pasan desapercibidas para la mayoría. Sin embargo, nada más fácil que estudiarlas: no tienes más que tomar en cualquier lado el tranvía de Pozas y hacer que te lleve á la estación; unos pasos más allá verás un edificio todo de ladrillo, formado de naves radiales, cuajadas de pequeñas ventanas, con un aspecto de tristeza que impone, puesto en un extremo de la ciudad, y casi fuera de ella, como si se temiese su contagio, y cuya puerta verás custodiada por una guardia de Infantería; es la Cárcel-modelo, donde se hallan como concentradas esas capas de que te hablo, y que son tan poco conocidas.

Allí hay de todo; es un depósito de inmundicias de la corte. Allí hay un

estudio social de primer orden. ¡Lástima que, cual sala de disección, no pueda ser soportada por todos los estómagos y por todas las cabezas!

En las capitales de provincia, en las poblaciones que tienen presidio, yo no sé si por la mayor costumbre de verlo ó por qué, llega uno á ver á los infelices que encierra, al edificio, con perfecta indiferencia, sin que produzca, sino acaso muy de cuando en cuando, el mal efecto las tristes y variadísimas reflexiones que produce, ó al menos ha producido en mí la Cárcel-modelo.

Aquí, en donde se vive envuelto en una atmósfera falsa, en una atmósfera brumosa que nos impide ver claramente lo que nos rodea, el contraste, el olvido de que aquello existe y su presencia repentina, impresionan profunda y dolorosamente el ánimo.

He tenido por obligación que acudir durante muchas mañanas, bien temprano por cierto, al final de la calle de

la Princesa, y no puedes figurarte el efecto, el recuerdo que en mí ha dejado el espectáculo que allí se ofrece á tales horas.

Casi fuera de Madrid no se nota que la población se levanta, que empieza á vivir el nuevo día, que se dispone á seguir gozando y sufriendo por otras veinticuatro horas, y sólo ves pasar continuamente cuerdas de presos, presos sueltos con su petate conducido por un carrillo, custodiados por la Guardia civil, seguidos algunos de sus familias, y cuyos rostros se te graban de un modo indeleble, ya tristes, ya indiferentes, abrumados, cínicos, de todas clases.

Y sin poderlo remediar, empiezas por *compadecer al delincuente* y acabas por pensar ¿serán, en efecto, todos estos criminales ó habrá algún inocente?

Y si das la vuelta al edificio y ves la plaza de la Justicia y piensas que aquel lugar es el destinado á las ejecuciones, sean cuales sean tus ideas, te pregunta-

rás indefectiblemente: ¿hasta qué punto tiene derecho la sociedad á, practicando la bestial pena del Tali6n, disponer de la vida de uno de sus individuos?

Se pierde uno en tales ideas: se vuelve uno loco, y sin embargo no se pueden desechar de la imaginaci6n, y menos el que, como yo, tiene en su casa contestada pr6cticamente la primera pregunta.

Sí, lector amigo: el que lleva estas cuartillas á la imprenta, el que me sirve más que de criado, de esclavo, hace ya muchos años, ha estado en presidio y nada menos que por asesino; ¡y sin embargo era inocente!

Ya te veo con curiosidad por conocer la historia, y voy á satisfacerla, aunque sea muy á la ligera.

El año 67 vivía yo con mi familia en Valladolid. El día 3 de Julio (no se me olvidará la fecha) se cometió un crimen horroroso; un pobre viejo que vivía en una casita aislada en las afueras de la

ciudad, apareció asesinado, recayendo vehementes sospechas de ser el autor del crimen sobre uno que era colono de mi padre y que, como sobrino del muerto, el cual se decía que tenía algún dinero que no se encontró, y enemistado con él hacía tiempo, fué supuesto autor, encarcelado, juzgado y condenado á muerte. Todo estuvo en su contra.

No sé de qué medios se valió mi padre (que por empeño suyo fué su defensor, y que estaba como todos en casa convencido de su inocencia), ni sé qué atenuantes alegó; pero el caso es que, ganado el recurso de casación que se interpuso, le fué conmutada la pena por la de cadena perpetua. Y fué á presidio. Aún recuerdo como si fuese ayer la despedida de aquel hombre: no recuerdo haber visto llorar ni haber llorado más en mi vida. En el fondo de mi conciencia me prometí solemnemente probar su inocencia, y por qué casualidad, ó mejor dicho, por qué miste-

rioso designio de la Providencia, tuve la suerte de conseguirlo, poco más de un año después: días antes de la gloriosa.

Paseándose un íntimo amigo nuestro por una de las calles de la población, oyó en un piso bajo, cuya ventana estaba abierta, una acalorada disputa entre un hombre y una mujer, y con esa curiosidad innata en el hombre, se paró y pudo escuchar que ella le decía: «Si me pegas digo que fuiste tú el que mataste á Fulano.»

Guiado de sus buenos sentimientos y del interés que sabía que teníamos nosotros en la cuestión, no quiso oír más. Reunió gente, entró en la casa y consiguió que aquel hombre confesara su crimen.

Lo demás fué rápido. Un cambio de personas y el honrado Juan salió del presidio, adonde nunca debió ir, para venir á nuestra casa, de donde nunca saldrá.

Su vuelta fué otra escena conmove-

dora. Puedes figurártela, lector. Agarrado á las rodillas de mi padre, llorando de alegría, como un loco, se empeñó en no separarse más de nosotros, porque, como decía, para él no había más familia que aquellos que le habían salvado la vida y devuelto la libertad.

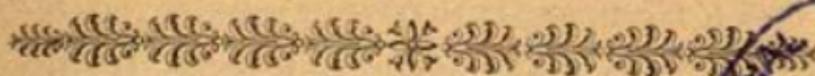
De esto, lector, no te diré que haya mucho, pero hay algo en el mundo.

¿Por qué eres ciega, justicia? Y gracias á que hay quien te corrija.

¡Providencia, bendita seas!

FIN

Después de escritas estas líneas tuvo lugar la ejecución de la desgraciada Higinia Balaguer. ¡A qué tristes reflexiones no se presta tal acto! De intento no he querido agregarlas, por no ennegrecer más el cuadro, ya por sí bastante obscuro.—*Vale.*



Sr. D. Fernando Ruiz y Feducby.

Madrid.

(Hay un membrete que dice: •Portería.—Particular.•)

Amado hijo en el Señor: con el gusto que siempre leo todo lo que escribes, he leído ahora tu MADRID POR DENTRO, que has tenido la atención de mandarme, y con la franqueza, que sabes es el caracter distintivo de mi genio, y que contigo he usado con tanta frecuencia, te advertiré que la obrilla no me ha disgustado del todo, aparte de algunos defectos de más ó menos monta, que en todas partes se encuentran, pero que noto en ella una princi-

palísima falta, que no quiero ni debo dejarte pasar, pues mi silencio redundaría en perjuicio de la humanidad y en especial de mis queridos españoles, lo que no estaría muy en armonía con mi papel de santo.

No creas que censuro que hayas omitido en tus estudios sociales, este que ya te digo que es muy importante; nada de eso, Fernando. Es muy principal, sí, pero no para vosotros que lo veis á diario y no sabéis sus funestísimas y eternas consecuencias: es muy principal para nosotros, y sobre todo para mí que, como portero de esta celestial mansión y encargado de dar ó negar la entrada en ella á las almas de los mortales, me veo en la dolorosísima precisión de despedir á muchas que, sin culpa suya, no traen sus papeles arreglados en regla.

¿Sabes á lo que me refiero? ¿Sabes cuál es este asunto que has olvidado? Pues el que siempre debieras tener en

la memoria, que para eso eres mortal; el de los entierros, el de esos sacrilegios teatrales que hacéis en Madrid.

Mira, hijo mío, en todos lados, en todas las naciones de vuestro mundo, en todos los lugares de los demás mundos habitados, se observan ciertas ceremonias, ciertos ritos, ciertas solemnidades en las que entra necesariamente, por exigirlo así vuestra humana naturaleza, más ó menos la parte profana, pero que en esencia impresionan el ánimo, hablan á la parte sensible de vuestro sér, os inspiran la idea de grandiosidad, de eternidad, de incomprendibilidad, de algo superior á vosotros en esa muerte que tanto teméis porque no la conocéis.

Y cuenta que te he dicho *en los demás mundos habitados* y que en el vuestro me refiero á todos, absolutamente á todos los hombres, porque todas sus almas tienen cabida en el cielo.

Por todos lados encontrarás en ello

formalidad, sentimiento, algo especial que vosotros no comprendéis, algo que indica la importancia del paso á una nueva vida.

El comercio de cadáveres no le encontrarás más que en Madrid, en ese pueblo, cuyo caracter único es la estupidez, la farsa, el parecer. En ningún otro lado hay esas tan oportunamente llamadas empresas de *pompas fúnebres* (en efecto, nada más pomposo), que, como decía Narciso Serra, «de los muertos viven.» Es decir, de los muertos no; de la imbecilidad de los vivos.

No sé cómo os podéis acostumar á eso de que se esté muriendo una persona y haya otra ú otras deseando por momentos que aquella existencia concluya para disputarse sus restos, y sobre todo si la persona es de viso, teniendo en seguida dispuesto un suntuoso carro fúnebre, luces, coronas, coches, acompañamiento, y, en fin, todo lo que ahí os hace falta para enterrar á uno.

No sé cómo no os repugna esto y cómo habéis podido llegar al estado de asistir á un entierro como quien asiste á una entrada triunfal, de ver pasar los muertos con cierta envidia al pensar si cuando os llegue la vez no podréis ir con tanto lujo, de que las familias pongan toda la expresión de su sentimiento en la presentación del entierro y luego, cumplido este deber social, y muy satisfechos, puesto que han demostrado cumplidamente su pena en esa forma, se compran unos guantes negros y busquen el consuelo que tanta falta les hace en teatros, paseos, etc.

Y el caso es que con todo esto dáis lugar á errores que luego se lamentan eternamente, pues mucha gente oye campanas sin saber dónde, y queriendo practicar la idea de que ante la muerte todos sois iguales, sucede que á lo mejor un pobre hombre que ha pasado su vida ahorrando, se gasta (es decir, él no, pero su familia) todo eso

en un entierro que no desmerezca del del más encopetado personaje. Un ejemplo de esto tuvisteis el día del entierro del pobre Gayarre, al que precedió el de un huevero de la Plaza de la Cebada, que no desmerecía del primero más que en el acompañamiento. ¿Y sabes lo que sucede con esto? Que desde hace muchos, muchísimos años, no tengo apuntado en mi libro de entrada ni un solo madrileño: no hay medio de que venga ninguno al cielo directamente: todos tienen que pasar su temporadita de purgatorio. Y lo peor es que no tienen ellos la culpa, sino los que os quedáis por ahí. ¿Por qué? Pues es muy claro: todos empiezan por ponerse orgullosos al ver el boato con que van á ser conducidos y con esto cometen un pecado, pues ya sabes que el orgullo es uno de los siete capitales, y como es á última hora ya no tiene remedio: después, al ver el poco caso que la gente les hace, se ponen furiosos, se desesperan, mal-

dicen de todo y se agrava su situación en términos que por muchas habilidades que hago yo para disculparles y darles entrada, es de todo punto imposible.

¿Es formal lo que hacéis? ¿Es lógico? ¿No es una profanación? Contéstame á estas preguntas.

Además, para fin de fiesta, váis contagiando á las demás capitales de España, y me ponéis á mí en compromisos continuos y muy dificultosos, porque Dios, viéndoos en tan mal camino, quiere imponeros un ejemplar castigo, y gracias á que Santiago, San Fernando y yo y otros muchos Santos estamos constantemente á su lado para aplacarle, pero temo que un día llegue á ser ineficaz nuestra elocuencia, pues ya os envió el invierno pasado el *dengue*, para que, teniendo hasta que llevar los muertos en carro y á lomo de mulas, os convenciéseis de lo tonto del sistema que seguíais, y ahora os man-

da la viruela con el mismo objeto; si no le dá resultado no puedo ya responder de lo que hará.

Convéncete tú primero de la verdad de mis razones, convence luego á los demás, y así ganaréis, por de pronto, nuestra bendición, y después la segura entrada en la gloria.

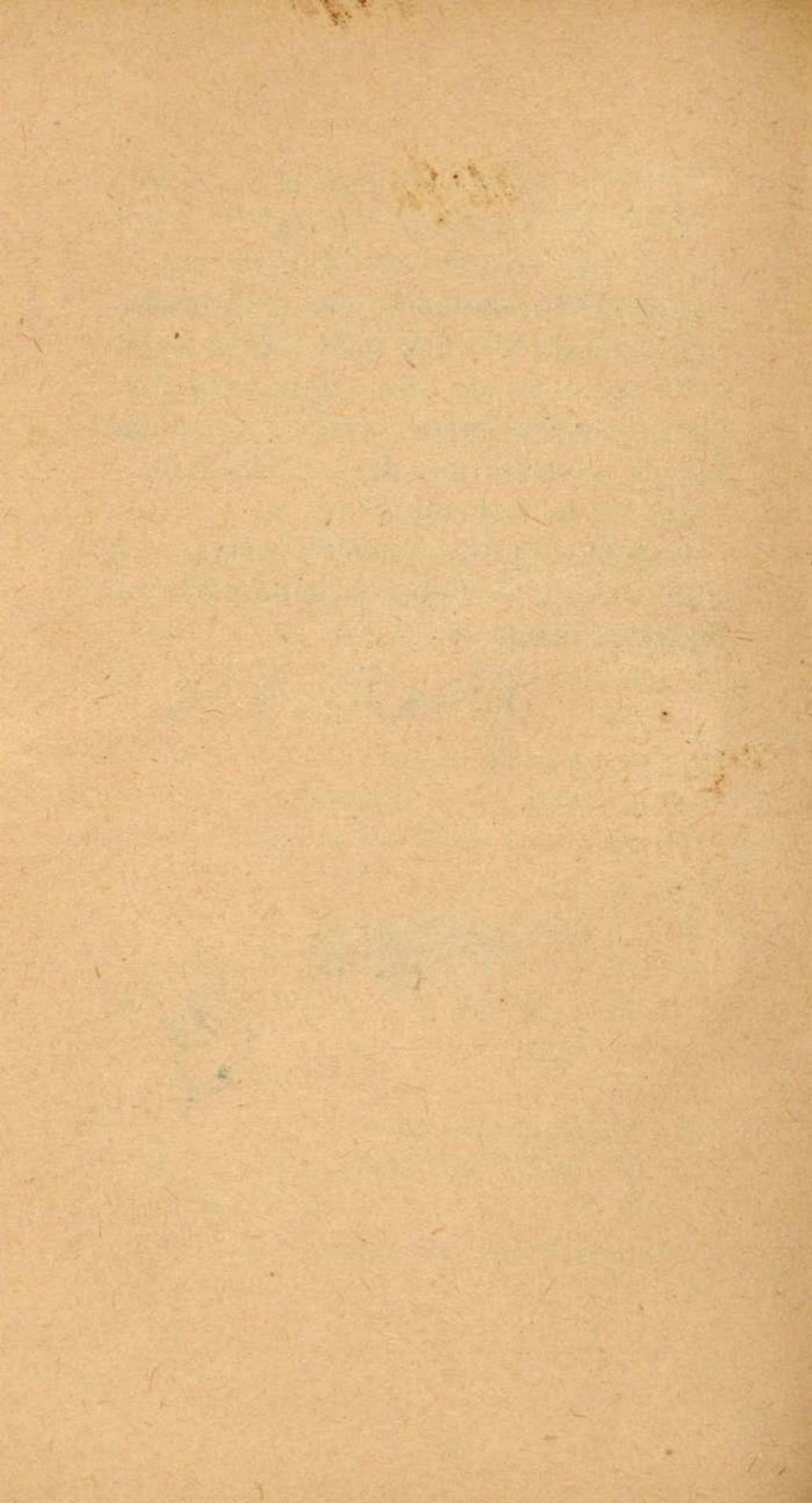
En el resto del libro observo otra falta, pero ni es tan importante como ésta, ni creo que haya sido olvido tuyo, sino más bien silencio voluntario, y opino que has hecho bien, pues de todos modos sería inútil lo que dijeras. Ya sé que me vas á decir que no es cuadro social, sino repugnante, y que nada se podría decir de él, ó habría que decir mucho, y á ello te contesto que no te falta razón, pero que me he acordado de ello por la relación que tiene con lo que antes te he dicho. La mitad de los coches fúnebres, os los ahorraríais porque se moriría la mitad de gente, si Madrid no estuviese tan

sucio; la porquería es la madre de todas las enfermedades, como la ociosidad lo es de todos los vicios. Pero como esto no se ha de remediar aunque tú y yo y mucha más gente lo diga, has hecho bien en callarte y yo haré bien también en no seguir.

Gracias por tu atención, corrige eso que te digo, y recibe mi bendición y la de todos nosotros.

PETRUS, *ex porta cœli*







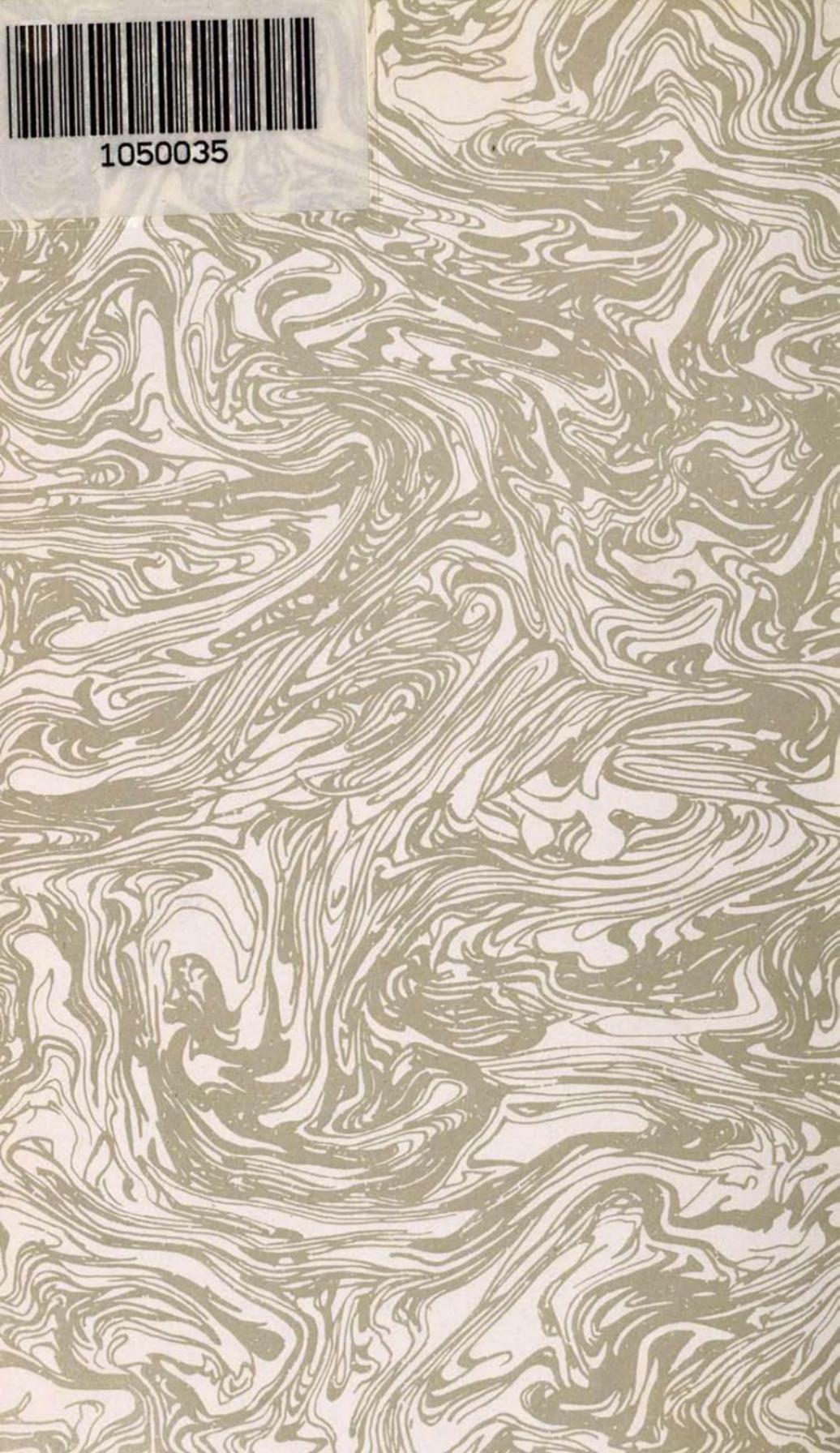


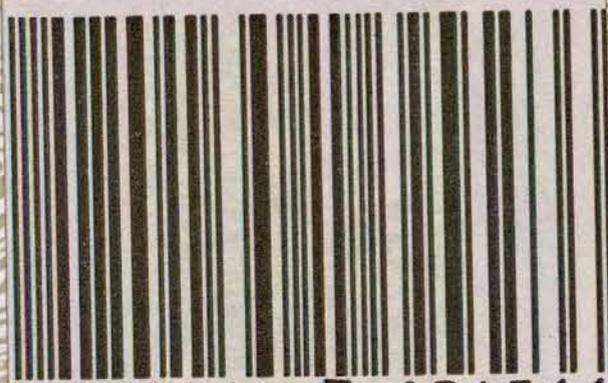
Véndese esta obra en las principales librerías, al precio de

UN DÓLARO



1050035





6 120164 7 104566